

El Desierto de la Candelaria

(De *El Popular* de Tunja)

Acabo de pasar unos días en este poético Desierto. No pudo elegir mejor el lugar de su retiro el eremita fundador de esta Casa. No cubre este suelo la vegetación exuberante de las tierras calientes, no ensordece los aires el formidable trueno de los torrentes despeñados, ni el espíritu se distrae con la vocinglería de los innumerables pájaros cantores de las selvas del trópico. Aquí hay cierta templanza y moderación en todo. El clima benigno, igual, sin bruscas transiciones, el aire tibio, ligeramente perfumado, el canto apacible, melodioso de algunas aves que parecen venidas de otros climas más cálidos, y alguna vez se posan sobre los naranjos de las huertas, el reducido espacio de cielo azul, hermoso, abrigado por las luces del sol, que sirve de coronación al paisaje, los arroyos de ondas cristalinas que se deslizan casi sin ruido sobre el césped, el llamado río de la Candelaria, que es apenas un arroyo mayor, y que al rodar suavemente por entre las piedras y bajo las frondas de los árboles, no ensordece ciertamente los aires con el bramido de sus ondas; todo esto hace del Desierto una morada singularmente apacible y propia para las tranquilas elaciones del alma.

Hasta los pelados cerros que circuyen el valle me parecen graciosos; el colorido general del paisaje es de mano maestra: todo en la naturaleza es bello, porque todo está en su lugar: todo el toque del arte está en la proporción y la armonía. Pero lo que más cautiva en estos sitios es el contraste entre la aridez de los contornos y la verdura de los huertos plantados de árboles frutales, artísticamente cultivados, por cuyos senos se distribuyen las rumorosas aguas del arroyo que no turban, antes facilitan el recogimiento y la plegaria. En ocasiones, el aire está tan quieto

que apenas si la brisa, como dice el más ilustre de los poetas agustinianos:

Los árboles menea,
Con un manso rüido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Rodeados de estos huertecillos están la Iglesia y el Convento. Conocí el edificio en tiempos en que había caído en las garras desamortizadoras. ¡Qué diferencia y qué contraste! Entonces era casi una ruina, madriguera de reptiles, tal vez algo peor: hoy es casa de oración, claustro de piedad y de estudio, morada de una ilustre familia religiosa. Y puesto que hartó hemos dicho de la parte material del Desierto, digamos algo de su alma. El alma es la familia agustiniana que, tras largo exilio, ha vuelto á habitar su antiguo convento, y lo ha restaurado, embellecido. Ha vuelto á habitar lo que era suyo, porque este convento fue fundado en 1604 por el Padre Mateo Delgado, varón penitente, que lo ilustró con sus milagros, lo dejó fundado sobre el suelo firme de sus grandes virtudes religiosas, especialmente de su mortificación y penitencia, y hoy todavía lo perfuma con el recuerdo de su santidad extraordinaria. Fue hombre distinguido en su patria (España), enseñó medicina en la Universidad de Alcalá y de allí pasó á ser primer médico de Felipe II. Desengañado del mundo entró á la edad de sesenta años en la religión agustiniana. Obedeciendo una orden de sus superiores, vino á Cartagena y trasladóse luego á Bogotá, en donde fue recibido por la nobleza con grande aplauso y consideraciones. La fama de su gran ciencia médica le perseguía por todas partes; huyendo de ella, pidió que lo mandaran á Tunja, en donde fundó el Convento de San Agustín, hoy—; desdicha de los tiempos!—convertido en Panóptico. Quiso ocultarse todavía más, y pidió que se le nombrara doctrinero de Ráquira, fundó esta población y Parroquia, y, como á la sazón, algunas almas deseosas de soledad, recogimiento y perfección se hubiesen retirado al Desierto para hacer en él

vida eremítica, el Padre Mateo vino á ser su Director y Maestro. El Padre Mateo murió á la avanzada edad de 105 años, á semejanza de los grandes ermitaños de que nos habla la historia, lo cual prueba, digámoslo de paso, que no son la mortificación y penitencia lo que acorta la vida y debilita el organismo, sino más bien la vida sensual é inmortalizada de los mundanos.

Los religiosos que hoy habitan este convento se distinguen por su bien fundada ilustración, por su infatigable amor al estudio, por su piedad, por su celo ardiente por la gloria de Dios, por su benevolencia y cortesía. Todos los amamos, porque ellos se hacen amar, porque alienta en ellos el espíritu de su fundador, porque tienen gran corazón. No los miramos como extranjeros, porque ellos han sabido adaptarse á nuestro modo de ser, se han hecho en cierta manera colombianos y se interesan por todo lo que mira á la grandeza y prosperidad de nuestra Patria. El clero secular los ama porque son humildes y afables, porque no tienen más ambición que el bien de las almas, y los Prelados los miran con amor, porque ven en ellos poderosos auxiliares en la evangelización de los pueblos.

Por mi parte amo las órdenes religiosas con pasión, porque las miro como un jirón de cielo, como el jardín más precioso de la Iglesia, en donde crecen las más hermosas flores de la perfección evangélica. Ellas son para la vida moral del mundo lo que son los parques y jardines para la vida física de los habitantes de las ciudades populosas: purifican y embalsaman la atmósfera, hacen el aire respirable y contrarrestan la influencia de las emanaciones malsanas.

A. N.

